

ISAAC ASIMOV
A LO MARCIANO

SUPER
FICCIÓN



A lo marciano dos novelas cortas y dos relatos de **Isaac Asimov** publicados originalmente a principios de los años cincuenta, década que se recuerda como la más fructífera y memorable de toda la su trayectoria como escritor de ciencia ficción.

Las dos narraciones largas son particularmente sólidas y merecen figurar entre las obras más destacadas de Asimov. Planteando un cierto grado de expansión de la humanidad por el sistema solar, *A lo marciano* describe la crisis que padece una colonia afincada precariamente en Marte como consecuencia de los intereses políticos conservadores de un mandatario terrestre; es una reflexión sobre las condiciones necesarias y los problemas implicados en la carrera espacial, al tiempo que un lamento sobre el derroche energético..., veinte años antes del advenimiento de la crisis de la energía. *Engañabobos* se centra en el estudio que lleva a cabo una expedición científica de los restos de una colonia afincada en un planeta bellísimo, que ha sucumbido a los efectos mortales de una misteriosa enfermedad; a la fascinación del poder llegar a conocer los posibles escenarios del universo y las virtudes de una trama impecable, hay que añadir el examen a fondo sobre las supuestas virtudes del conocimiento especializado.

A lo marciano

1

Desde la entrada al pequeño corredor que unía las dos cabinas en la proa de la astronave, Mario Esteban Rioz miraba con gesto irritado cómo Ted Long ajustaba con dificultad los mandos del video. Long probó ligeramente hacia la derecha y luego hacia la izquierda: la imagen era defectuosa.

Rioz sabía que seguiría siendo defectuosa: estaban excesivamente lejos de la Tierra y en mala posición, cara al sol. Pero no cabía esperar que Long lo supiese. Rioz siguió de pie en la entrada por unos instantes, con la cabeza gacha para no tocar en el dintel superior, y el cuerpo encogido para adaptarse a la estrecha abertura. Luego saltó hacia la cocina como un tapón que salta de una botella.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—Creí poder captar a Hilder —dijo Long.

Rioz apoyó su trasero en el ángulo de un estante que servía de mesa, cogió un envase cónico de leche del estante superior, lo alzó por encima de su cabeza y el vértice saltó al presionarlo. Lo hizo girar suavemente para que se calentara.

—¿Para qué? —preguntó mientras invertía el cono, y luego sorbió ruidosamente.

—Pensé que podría oírle.

—Eso es malgastar energía.

Long le miró con el ceño fruncido.

—Es habitual la libre utilización de los videos personales.

—Dentro de ciertos límites —repuso Rioz.

Sus miradas se cruzaron desafiantes. Rioz tenía el cuerpo largo y enjuto, y rostro de mejillas hundidas, invariable distintivo de casi todos los chatarreros marcianos, hombres del espacio que vagaban pacientemente por las rutas interplanetarias... entre la Tierra y Marte. Sus ojos, de un azul pálido, estaban profundamente hundidos en el rostro moreno y arrugado, que a su vez se destacaba sobre la blanca piel sintética que rodeaba el cuello de su chaqueta espacial.

En conjunto, Long era más pálido y suave. Tenía algunos rasgos terrestres, aunque ningún marciano de segunda generación podía parecer un hombre de la Tierra. Incluso el cuello de su chaqueta estaba doblado, y dejaba ver su cabello castaño oscuro.

—¿Qué son para ti ciertos límites? —preguntó Long.

Los delgados labios de Rioz se hicieron aún más delgados:

—Ya que en este viaje, tal como van las cosas ni siquiera cubriremos gastos, cualquier despilfarro de energía no es razonable.

—Pues, si perdemos dinero —dijo Long—, ¿no sería mejor que regresaras a tu puesto? Estás de guardia.

Con un gruñido, Rioz se pasó el pulgar y el índice por la barba del mentón. Incorporándose, caminó pesadamente hacia la puerta. Sus gruesas y flexibles botas amortiguaban el sonido de sus pasos. Se detuvo para mirar el termostato y luego se volvió con furia.

—Ya veía yo que hacía calor. ¿Dónde crees que estás?

—Cuarenta grados no es mucho.

—Para ti, tal vez. Aquí estamos en el espacio, no en una oficina de las minas de hierro. —Rioz accionó el botón del termostato y lo puso al mínimo—. El sol ya calienta bastante.

—La cocina no está en el lado del sol.

—Aun así, el calor pasa, maldita sea.

Rioz se marchó y Long lo siguió con la mirada antes de volver su atención al video; pero no volvió a subir el termostato. La imagen seguía temblando; tendría que conformarse. Long desplegó una de las sillas adosadas a la pared, tomó asiento, se inclinó hacia delante y esperó a que terminase la momentánea pausa que precedía a la lenta disolución de la cortina y a la aparición de aquella conocidísima figura barbuda, que aumentó de tamaño hasta llenar toda la pantalla.

La voz, impresionante incluso entre los silbidos provocados por las tormentas de electrones que cubrían más de treinta trillones de kilómetros, empezó diciendo:

—¡Amigos! Conciudadanos de la Tierra...

2

Rioz descubrió el centelleo de la radio nada más entrar en la cabina del piloto. Por un momento, un sudor frío le cubrió la palma de las manos, pues creyó que era una señal de radar. Sin embargo, no era más que una sensación de culpabilidad. No debía haber dejado la cabina estando de guardia; aunque todos los chatarreros lo hacían. Sin embargo, el temor de que ocurriese algo durante los cinco minutos en que uno abandonaba el puesto para tomar un café, convencido de que todo el espacio estaba despejado, era una pesadilla que se había hecho realidad en más de una ocasión.

Rioz conectó el multi-explorador. Un despilfarro de energía..., pero era mejor cerciorarse.

El espacio estaba despejado, exceptuando los lejanísimos ecos de las naves más cercanas, en la línea de recuperación de chatarra.

Conectó el circuito de radio, y la cabeza rubia de Richard Swenson, copiloto de la nave más próxima en la zona de Marte, apareció:

—Hola, Mario —dijo Swenson.

—Hola. ¿Qué hay?

Hubo una pequeña pausa entre las dos frases, pues la velocidad de las radiaciones magnéticas no es infinita.

—¡Vaya día!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rioz.

—Descubrí algo.

—Magnífico.

—Sí, si hubiese podido atraparlo —dijo Swenson, sombrío.

—¿Qué ocurrió?

—¡Maldita sea! Me fui en dirección contraria.

Rioz era demasiado prudente para reír.

—¿Cómo hiciste eso? —dijo.

—No fue culpa mía. El problema se debía a que el armazón se salía de la eclíptica. ¿Es posible que existan pilotos tan estúpidos, incapaces de efectuar decentemente la maniobra de evacuación? ¿Cómo podía yo saberlo? Calculé la distancia a la que se encontraba el armazón y puse proa hacia él. ¿No habrías mecho tú lo mismo? Seguí la que yo creía una buena línea de intersección, y cinco minutos después advertí que la distancia iba en aumento. Entonces tomé las proyecciones angulares del armazón, pero ya era demasiado tarde para atraparlo.

—¿No lo habrá capturado alguno de los muchachos? —No. Ya está fuera de la eclíptica y cada vez se aleja más. Peto no es esto todo lo que me preocupa. Sólo era un esqueleto. Lo que me desespera es pensar en las toneladas de propulsión que consumí para ganar velocidad y regresar a la estación. Tendrías que haber oído a Canuto.

Canuto era el hermano y socio de Richard Swenson.

—¿Enfadado, eh? —dijo Rioz.

—¿Enfadado? ¡Quería matarme! Comprende que llevamos cinco meses en el espacio y empezamos a estar hartos. Ya sabes.

—Claro...

—¿Y a ti cómo te va, Mario?

Rioz hizo un gesto de asco.

—Este viaje ha sido malo. Dos armazones estas dos últimas semanas, y tuve que perseguirlos durante seis horas.

—¿Eran grandes?

—¿Bromeas? En Fobos podría desguazarlos a mano. Es el peor viaje que he realizado.

—¿Cuánto tiempo estarás por ahí?

—Por mí, me iría mañana. Sólo llevamos fuera dos meses, pero ya estoy apremiando a Long para que regresemos.

Hubo una pausa superior al retraso electromagnético.

—¿Y cómo está? —dijo Swenson—. Me refiero a Long. Rioz miró por encima del hombro. Podía oír el apagado murmullo del video instalado en la cocina.

—No le entiendo. Una semana después de iniciar el viaje, me pregunta: «Oye, Mario, ¿por qué eres chatarrero?». Y yo le digo: «Pues para ganarme la vida. ¿Qué creías?». ¿Te das cuenta qué tipo de pregunta que es ésta? ¿Por qué somos chatarreros? Y él me responde: «No es por eso, Mario». Y añade: «Eres chatarrero porque haces las cosas a lo marciano».

—¿Y qué quiso decir con eso? —preguntó Swenson.

—No se lo pregunté —dijo Rioz encogiéndose de hombros—. Ahora está escuchando a un terrestre llamado Hilder por la ultra microonda de la Tierra.

—¿Hilder? Por lo que sé es un político, miembro de la Asamblea o algo parecido, ¿no es así?

—Eso creo. Long es muy aficionado a estas cosas. Se ha traído más de seis kilos de libros que tratan de la Tierra. Eso es un peso muerto.

—Pero es tu socio. Y hablando de socios, creo que será mejor volver al trabajo. Si dejas escapar otro armazón me asesina. Swenson desapareció de la pantalla y Rioz se recostó en el asiento contemplando la línea verde y recta que marcaba el pulso del aparato de detección. Probó un instante el multi-explorador. Pero el espacio seguía vacío.

Se sintió algo mejor. Una racha de mala suerte aún es peor cuando los demás chatarreros encuentran un armazón tras otro, o si los bajan en espiral hasta las fundiciones de Fobos con la señal de los otros marcada en sus cascos. Por otra parte, se le había pasado el enfado con Long.

Se equivocó asociándose con él. Siempre era una equivocación formar sociedad con un novato. Todos ellos creían

que quería conversación, y más que nadie Long, con sus fantásticas teorías acerca de Marte y del nuevo e importante papel que le correspondía en el progreso humano. Así lo decía: Progreso Humano, a lo marciano. La Nueva Minoría Creadora. Rioz no quería conversación, sino conseguir unos cuantos armazones.

Pero no tenía otra elección. Long era muy conocido en Marte y obtenía buenas ganancias como ingeniero de minas. Era amigo del comisario Sankov y había participado en dos breves expediciones: no se puede rechazar a nadie sin someterle a una prueba. ¿Y por qué un acreditado ingeniero de minas deseaba vagar por el espacio?

Rioz nunca se lo preguntó a Long. Los socios de una empresa chatarrera tienen que convivir íntimamente, y la curiosidad no es deseable, ni siquiera algo seguro. Pero Long hablaba tanto, que respondió a la pregunta sin necesidad de que su compañero se la formulase:

—Tenía que salir aquí, Mario —le dijo—. El futuro de Marte no está en las minas, sino en el espacio.

Rioz se preguntó cómo resultaría un viaje solo. Todos le decían que esto era imposible. Incluso sin tener en cuenta las ocasiones perdidas al tener que abandonar la guardia, para dormir o atender otras cosas, era bien sabido que un hombre solo en el espacio terminaría por caer en una intolerable depresión en breve tiempo.

Con un compañero, era factible un viaje de seis meses. Una p: tripulación completa hubiera sido lo mejor, pero ningún chatarrero tenía suficiente capital para comprar una nave grande, que sólo en propulsión consumía una fortuna...

Y ni siquiera dos era una cifra idónea en el espacio. Por lo general había que cambiar de compañero a cada viaje, ya que no se congeniaba con todos por igual. Tal era el caso de Richard y Canuto Swenson. Formaban equipó cada cinco o seis viajes porque eran hermanos. Y aún así, la tensión y el antagonismo aumentaban constantemente a partir de la primera semana.

Bien, el espacio estaba vacío. Ríoz comprendió que le sentaría bien volver a la cocina a fin de suavizar algunas de sus diferencias con Long. Al mismo tiempo le demostraría que él era un experto del espacio, que sabía tomarse las cosas con calma.

Levantándose, se desplazó con tres pasos hasta el corredor que unía las dos cámaras de la astronave.

3

Rioz se detuvo en el umbral un instante, contemplando a Long, que permanecía con la vista fija en la temblorosa pantalla.

—Voy a subir el termostato. Ahora ya podemos consumir algo más de energía...

—Como gustes —asintió Long.

Rioz dio un paso hacia él. Como el espacio estaba vacío, no era necesario mirar la invariable línea verde.

—¿De qué habla ese terrestre? —preguntó.

—Ha hecho, a grandes rasgos, la historia de la Astronáutica. Son cosas muy sabidas, pero lo hace muy bien. Ilustra su charla con proyección de dibujos en color, fotografías, imágenes de antiguas películas, etcétera.

Como para corroborar las palabras de Long, el barbudo personaje se desvaneció y la sección transversal de una astronave ocupó la pantalla, mientras la voz de Hilder señalaba diversas características, las cuales aparecían en color. El sistema de comunicaciones de la nave se destacó en rojo cuando se refirió al mismo. Otro tanto ocurrió con las bodegas, el motor, consistente en una micropila protónica, los circuitos cibernéticos... Luego Hilder reapareció en la pantalla.

—Pero se trata sólo de la proa de la nave. ¿Qué la hace moverse? ¿Qué la levanta de la Tierra?

El sistema de propulsión de las astronaves era conocido hasta por los niños, pero la voz de Hilder producía los efectos de una droga y lograba que pareciese el secreto más fabuloso de la humanidad, o una revelación que sólo con-

fiaba a unos cuantos iniciados. Incluso Rioz experimentó un súbito interés, a pesar de que había pasado casi toda la vida entre ellas.

Hilder prosiguió:

—Los hombres de ciencia le dan diferentes nombres. Unos, ley de acción y reacción. Otros, tercera ley de Newton. Y algunos lo denominan conservación del impulso adquirido. Pero nosotros no le daremos ninguno de esos nombres. Nos limitaremos a apelar a nuestro sentido común. Cuando nadamos, empujamos el agua hacia atrás y así adelantamos. Cuando andamos, ejercemos presión en el suelo hacia atrás y así avanzamos. Cuando pilotamos un utilitario empujamos el aire hacia atrás, y nosotros vamos hacia delante. Nada puede moverse hacia delante si nada se mueve hacia atrás al mismo tiempo. Esto responde al principio que dice: «Nada puede obtenerse sin esfuerzo... Imaginemos ahora a una astronave con un peso de cien mil toneladas elevándose de la Tierra. Para conseguirlo, tiene que empujar hacia abajo. Como la astronave es extraordinariamente pesada, tendrá que expulsar gran cantidad de material en dirección opuesta. Pero ninguna nave puede transportar tal cantidad de material. Por lo tanto, haré construir un compartimiento especial a popa destinado a contener ese material».

Hilder volvió a desaparecer y en la pantalla reapareció la nave, la cual se fue achicando hasta que pudo verse en su parte posterior un cono truncado, pudiendo leerse en brillantes letras amarillas: MATERIAL PARA SER ARROJADO.

—Pero ahora —prosiguió Hilder— el peso total de la nave ha aumentado enormemente. Será necesaria mucha más fuerza de propulsión.

La nave se encogió muchísimo más y le fue añadida otra gran sección, acoplándosele otra de proporciones inmensas. La nave propiamente dicha, la ojiva o cono, se habla convertido en una brillante manchita roja sobre la pantalla.

—Vamos, hombre, esto lo saben basta los niños —comentó Rioz.

—Pero no sus oyentes, Mario —replicó Long—. La Tierra no es Marte. Debe haber millones de habitantes de la Tierra que no han visto nunca una astronave y, desde luego, no saben los principios en que se basa su funcionamiento.

Hilder decía en aquellos momentos:

—Cuando se agota el material de la sección mayor, ésta se separa y se lanza al espacio.

En la pantalla se vio cómo se desprendía la sección exterior y se alejaba dando vueltas por el espacio.

—Luego se separa la segunda —continuó Hilder— y, por último, si la travesía es larga, se suelta también la última. La nave se había convertido en una manchita roja, y las tres secciones daban vueltas por el espacio.

—Cada una de esas secciones —prosiguió Hilder— tiene un gran valor. En conjunto, las tres representan unas cien mil toneladas de tungsteno, magnesio, aluminio y acero. La Tierra Las ha perdido para siempre. Marte está rodeado de chatarreros, que esperan junto a las rutas del espacio a que se pongan a su alcance las secciones vacías. Entonces capturan esos armazones con sus redes, les ponen marca y se los llevan a Marte. Por ellos la Tierra no recibe ni un centavo. Según el Derecho del Espacio, se considera que pertenecen a la nave que los encuentra.

Rioz comentó:

—Nosotros arriesgamos nuestro dinero y nuestras vidas. Si no los recogiéramos, se perderían. ¿Qué pierde con ello la Tierra?

—De hecho —dijo Long— no ha hecho más que hablar de la carga que Marte, Venus y la Luna representan para la Tierra. Y ésta no es más que otra de las partidas de pérdidas.

A lo que Rioz replicó:

Ya se resarcirán. Cada vez extraemos más hierro de las minas.

—Y casi todo se queda en Marte. Si hay que dar crédito a las cifras, la Tierra ha invertido doscientos billones de dólares en Marte, y ha recibido únicamente hierro por valor de cinco billones de dólares. También ha invertido cinco billones de dólares en la Luna obteniendo a cambio magnesio, titanio y otros metales ligeros que importan veinticinco millones de dólares. Ha invertido cincuenta billones de dólares en Venus y, ¿sabes cuánto ha obtenido? Nada. Y eso es lo que interesa sobremanera a los contribuyentes de la Tierra: los impuestos que pagan, sin obtener nada a cambio.

Mientras hablaba, la pantalla se llenó con diagramas que mostraban a los chatarreros en la ruta de Marte. Eran pequeñas y ridículas caricaturas de naves, que tendían unos delgados brazos semejantes a alambres con los que trataban de aferrar las secciones vacías que iban a la deriva por el espacio. Una vez en su poder, ponían sobre ellas la marca PROPIEDAD DE MARTE con letras brillantes, y luego se las llevaban a remolque a Fobos. Hilder apareció de nuevo en la pantalla.

—Ellos nos dicen que terminarán por pagárnoslo todo. Pero, ¿cuándo será eso? ¡Cuando se hayan convertido en una empresa floreciente! Pero esto puede ser dentro de un siglo o dentro de mil años. ¿Y quién no nos dice que sea dentro de un millón de años? Sin embargo, aceptamos su palabra. Algún día ellos cultivarán sus propios alimentos, utilizarán su propia energía, vivirán sus propias vidas. Pero hay una cosa que no pueden devolvernos, ni en cien millones de años: ¡Agua! Debido a su pequeño tamaño, Marte apenas tiene agua. Venus no la tiene porque es un astro demasiado cálido; la Luna no tiene ni una gota porque es muy pequeña y el calor en su superficie es tórrido. Por lo tanto, la Tierra tiene que proporcionar no sólo agua potable para los hombres del espacio, y agua para que se laven, hagan funcionar sus industrias y las fábricas hidropónicas